

En estos tiempos de apertura sexual, ¿existe el amor?

ADRIANA ZÚÑIGA RIVAS*

Ser psicoanalista es saber que todas las historias terminan hablando de amor.

JULIA KRISTEVA

Pienso en lo complejo de este tema... ¿o podría llamarlo doloroso? No sé. Vienen a mi mente distintas personas o el recuerdo de mí misma en mi análisis, en el cual la queja o la dificultad que más se escucha en el consultorio, al teléfono, en las calles o en el café, es sobre el amor: distancia, violencia, temores, pasiones, expectativas, inestabilidad, rupturas, infidelidades, encuentros sexuales, nuevas ilusiones. Girando en su mayoría en torno a las relaciones interpersonales. Quizá un intento de amar y desear ser amados.

Pareciera que, al pasar de los años, los avances tecnológicos y medios de comunicación atraen a todo tipo de público. Al alcance de unas teclas e internet, un celular o un control remoto, se tiene acceso a cualquier tipo de información que se necesite, y el mercado que resalta y más se comercializa es la industria del sexo. El cuerpo y la imagen física salen a relucir como un objeto de deseo. Cómo ser más encantador, cómo oler mejor, cómo vestir, en dónde comprar, cómo conquistar fácilmente a varias personas, qué productos usar para relucir un buen rostro, cómo ser el centro de miradas, qué hacer para mantener un buen físico. De esta manera, el cuerpo resalta como lo más atractivo que puedes tener de ti mismo. Y los afectos, ¿dónde quedan? En estos tiempos, se tiene un mayor acceso a los temas de sexualidad, a la posibilidad de una gran cantidad de encuentros sexuales, a la oportunidad de descubrir las nuevas tendencias del sexo, de objetos-cosa generadores de placer. Videos, películas, anuncios y redes sociales incitan a vivir una vida sexual altamente satisfactoria, en un dos por tres, con lo placentero como fin primero.

Estoy segura de que es posible evocar imágenes de personas que platican de una sexualidad tan abierta, tan de todos con todos, "sin involucrar sentimientos", le llaman. Algo "libre", sin compromiso. "¿Para qué sufrir?". Y al final de la narración de una larga lista

*Adriana Zúñiga Rivas
Pasante de la Maestría en
Psicoterapia Psicoanalítica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara

adrianazrivas@hotmail.com

de involucramientos sexuales, o aparentemente distintos involucramientos afectivos, se siente un vacío tan grande y una angustia tan terrorífica, cuando, de pronto, se adentran a sí mismos.

Julia Kristeva (1993), en su libro *Las nuevas enfermedades del alma*, escribe un capítulo titulado “¿Para qué sirven los psicoanalistas en estos tiempos de angustia ignorada?”, en el que ella relata precisamente cómo nos encontramos ante una sociedad donde las personas se resguardan en una imagen, en maquillajes exagerados. Se cubren de joyas, objetos van apresuradas. Acompañadas de drogas incluso para descansar o desde ahí justificar la agresión por efectos secundarios, por la inferioridad que muchas veces es sentida. De esta manera, lo último que como individuos y sociedad queremos sentir, es el malestar psíquico. Entonces se va buscando hacer todo lo posible por no sentir alguna incomodidad, por ignorar lo que sucede en la vida psíquica. Por ende, se desea cubrir a toda costa el dolor, las decepciones, la incompletud. Y se busca desesperadamente encontrar métodos eficaces que puedan inhibir o desaparecer el sufrimiento, aunque sea por un periodo corto de tiempo. Medicamentos, drogas, personas, comida, ejercicio, enfermedades, autolesiones, quizá el suicidio. Y en el tema que nos compete, de aperturas sexuales, ¿no será una forma de poder expresar que algo está doliendo? ¿No es acaso una forma de ignorar, por tanto, los afectos?

Kristeva (1987), en su libro *Historias de amor*, menciona: “No es una vida amorosa de los hombres, de las mujeres, lo que se encontrará bajo la pluma de un analista. Ni tampoco una historia completa y objetiva de las ideas sobre el amor, sino alternativas, bosquejos, síntomas... Otros tantos indicios de una libido insuperable, de la que el amor es nuestra realización, nuestro fracaso: el más absurdo, el más sublime” (pág. 10). Me cuestiono si las

nuevas aperturas sexuales, como lo son el contacto sexual sin importar quién, la invitación de *swingers*, la posibilidad de mejor involucrarte con un muñeco o un robot, tendencias entre los adolescentes como las “fiestas arcoíris”, la “ruleta del sexo”, el experimentar abiertamente con cualquier objeto, la elección de tu sexo a temprana edad, etcétera, ¿no serán formas de gritar que hay heridas? Quizá heridas narcisistas, de lo difícil de aceptar la castración, del dolor de amores o afectos temprana o recientemente perdidos. Pienso cómo la vida psíquica puede irse viendo reducida a la obtención de placer, a permanecer en sí mismos, sin ver a un otro. Existiendo una cultura que respalda ideas de ser el cuerpo físico lo más importante, o la obtención de placer a través de una imagen o de una gran apertura de la sexualidad. Kristeva (1987) comenta lo que sostiene Melanie Klein: cómo la capacidad de amar no es una actividad del organismo, sino que es una actividad primordial del Yo. Por tanto, si el auge y la atención va siendo cada vez más centrada en lo corporal, en la sexualidad como descarga, en lo placentero, en la búsqueda de nuevas experiencias que propicien nuevas sensaciones, me pregunto qué alimento va recibiendo el Yo para, entonces, ver a un otro; para, entonces, amar.

Kristeva (1987) refiere que “en la actualidad carecemos de lo propio, cubiertos como estamos de tantas abyecciones, y porque los hitos que aseguraban la ascensión hacia el bien han resultado dudosos, es por lo que tenemos crisis de amor. Digámoslo: falta de amor” (pág. 6).

Viene a mi mente cómo pareciera que lo de hoy es poder presumir de una sexualidad abierta, del constante encuentro con otros cuerpos, mas no de un encuentro con un otro. El ser humano es visto, en consecuencia, como un objeto parcial que brindará algún tipo de satisfacción o que puede ser reemplazado rápidamente. Si en el registro del Yo no hay

un otro, un objeto total, ¿se puede amar?

Hanna Segal (1987), citando a Melanie Klein, describe cómo un objeto total hace referencia a la percepción del otro como persona. “La percepción de la madre como objeto total caracteriza la posición depresiva. El objeto total es lo opuesto tanto del objeto parcial como de los objetos escindidos en partes ideales y persecutorias. La ambivalencia y la culpa se experimentan en relación con objetos totales” (pág. 124).

Si el otro no puede ser percibido como un objeto total, ¿se pierden en las aperturas sexuales los enlaces afectivos? Más que poder obtener alguna respuesta, me quedan muchas preguntas. Sin embargo, me gustaría concluir retomando la cita inicial de Julia Kristeva: las historias terminan hablando de amor. Kristeva, en su misma obra *Historias de amor*, afirma que el analista está inmerso en el amor, y

si lo olvida se condena a no hacer análisis. “Pues, si no amo realmente a mis pacientes, ¿qué podría escuchar de ellos, qué podría decirles? El amor de contratransferencia es mi capacidad de ponerme en su lugar: de mirar, de soñar, de sufrir como si fuera ella, como si fuera él”.

Agregaría que ser psicoanalista es precisamente poder ver a un otro, un otro que siente, que desea. Siendo la palabra esa muestra afectiva hacia alguien que está buscando quizá amar o desea ser amado.

BIBLIOGRAFÍA

- Kristeva, J.** (1987). *Historias de amor*. Siglo XXI Editores: México.
- _____. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Cátedra: Madrid.
- Segal, H.** (1987). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Paidós: Buenos Aires.